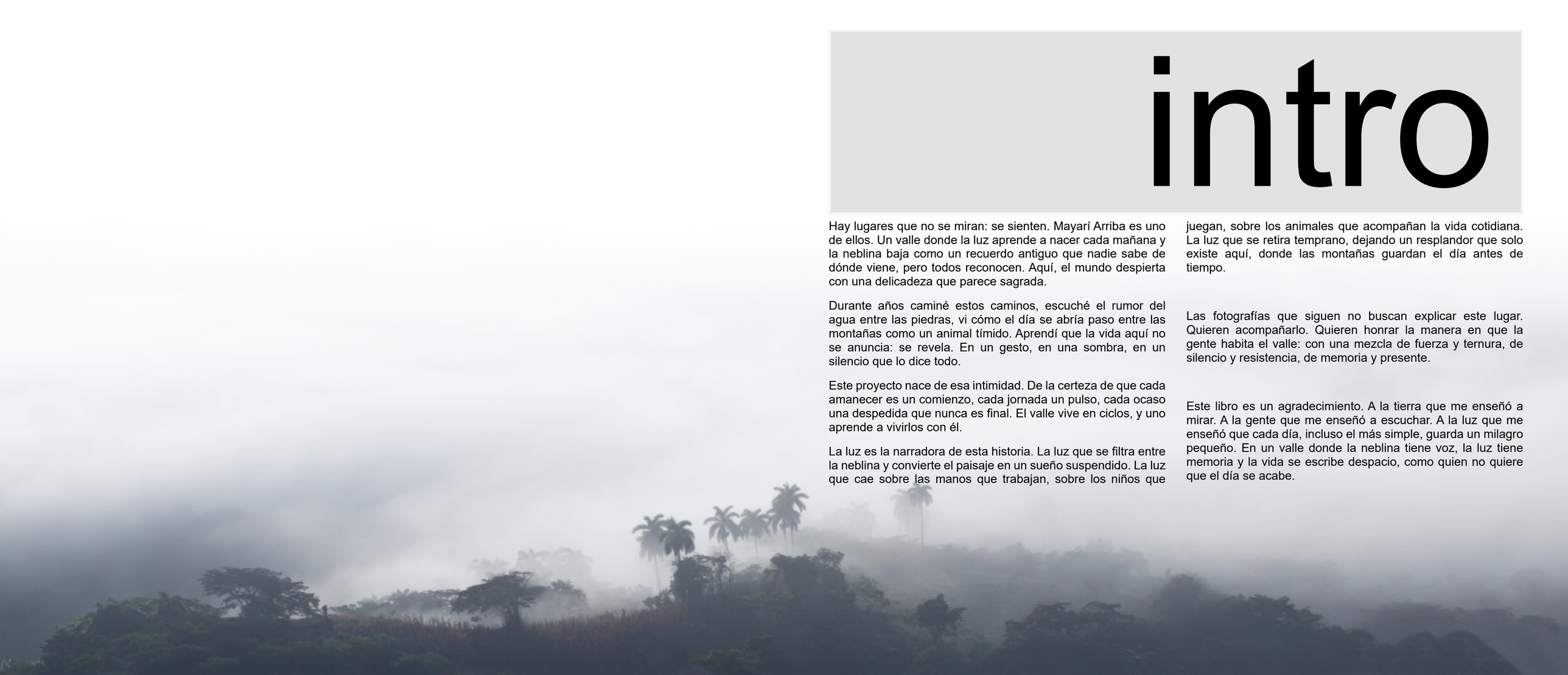
MAYARÍ ARRIBA

POR JAVIER GILBERTO CALVO PARAPAR



intro

Hay lugares que no se miran: se sienten. Mayarí Arriba es uno de ellos. Un valle donde la luz aprende a nacer cada mañana y la neblina baja como un recuerdo antiguo que nadie sabe de dónde viene, pero todos reconocen. Aquí, el mundo despierta con una delicadeza que parece sagrada.

Durante años caminé estos caminos, escuché el rumor del agua entre las piedras, vi cómo el día se abría paso entre las montañas como un animal tímido. Aprendí que la vida aquí no se anuncia: se revela. En un gesto, en una sombra, en un silencio que lo dice todo.

Este proyecto nace de esa intimidad. De la certeza de que cada amanecer es un comienzo, cada jornada un pulso, cada ocaso una despedida que nunca es final. El valle vive en ciclos, y uno aprende a vivirlos con él.

La luz es la narradora de esta historia. La luz que se filtra entre la neblina y convierte el paisaje en un sueño suspendido. La luz que cae sobre las manos que trabajan, sobre los niños que juegan, sobre los animales que acompañan la vida cotidiana. La luz que se retira temprano, dejando un resplandor que solo existe aquí, donde las montañas guardan el día antes de tiempo.

Las fotografías que siguen no buscan explicar este lugar. Quieren acompañarlo. Quieren honrar la manera en que la gente habita el valle: con una mezcla de fuerza y ternura, de silencio y resistencia, de memoria y presente.

Este libro es un agradecimiento. A la tierra que me enseñó a mirar. A la gente que me enseñó a escuchar. A la luz que me enseñó que cada día, incluso el más simple, guarda un milagro pequeño. En un valle donde la neblina tiene voz, la luz tiene memoria y la vida se escribe despacio, como quien no quiere que el día se acabe.

el alba

Antes de que el sol toque la tierra, el valle ya está despierto.

La neblina se descuelga por las lomas como un animal antiguo que conoce cada curva del paisaje, y las montañas, suspendidas en su propio silencio, parecen flotar sobre un mar blanco. El aire huele a agua helada, a tierra recién abierta, a promesa.

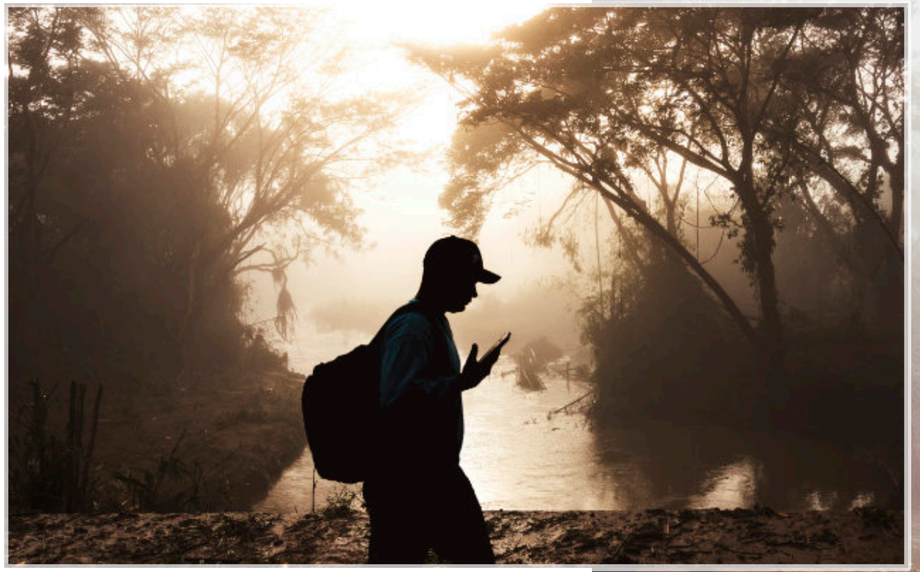
En Mayarí Arriba, el amanecer no es un instante: es un ritual.

La luz avanza despacio, tanteando los caminos, rozando las palmas, encendiendo de a poco los contornos del mundo. Todo ocurre con una delicadeza que obliga a mirar sin prisa, como si el día necesitara ser descubierto capa por capa.

Aquí comienza esta historia.

En la hora en que la montaña respira, cuando el paisaje revela su verdad más íntima y el valle parece recién creado.

Este es el territorio donde aprendí a mirar, y donde cada amanecer vuelve a enseñarme que la luz también es una forma de memoria.



gente de valle

Cuando la neblina se retira y deja al descubierto los primeros sonidos del día, aparecen ellos: los que sostienen el valle sin darse cuenta, los que hacen que la vida avance aunque nadie lo nombre. En Mayarí Arriba, la existencia se construye con gestos pequeños, con rutinas que parecen simples pero que guardan una dignidad profunda. Aquí la vida no se exhibe: se vive.

Los niños afinan guitarras que aprendieron a tocar mirando a otros, y en sus manos la música suena a juego, a descubrimiento, a futuro. Más abajo, en el río, un hombre baña a su caballo como quien cuida a un hermano: con paciencia, con cariño, con la certeza de que ese animal también forma parte de la familia. El agua salpica, el sol se filtra entre las hojas, y por un instante todo parece detenido en una escena que solo existe en este valle.

En los portales, los mayores conversan sin prisa. Hablan del tiempo, de la cosecha, de los hijos que se fueron y de los que aún quedan cerca. Sus rostros guardan la memoria de un país entero: arrugas que cuentan sequías, risas que recuerdan fiestas, silencios que esconden pérdidas. Cada uno lleva en la mirada una historia que no necesita palabras para ser entendida.

Más arriba, en los caminos de tierra roja, la jornada empieza temprano. Se cargan sacos, se empujan carretillas, se reparan techos, se corta leña. El trabajo aquí no es solo esfuerzo: es pertenencia. Es la manera en que cada persona se inscribe en el paisaje, como si el valle reconociera a quienes lo cuidan y los abrazara de vuelta. Hay cansancio, sí, pero también hay orgullo. Un orgullo silencioso, de esos que no buscan aplausos.

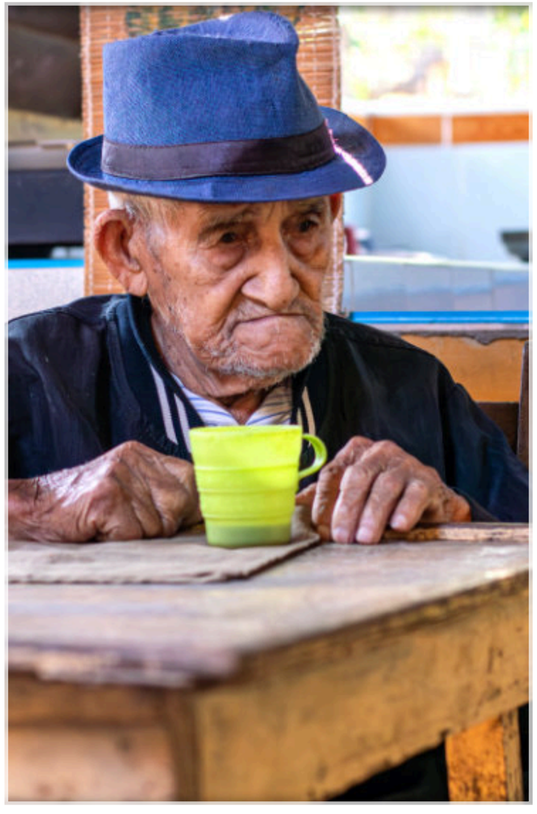
Y entre todo eso —entre el sudor, la risa, el polvo, el agua, los animales, los oficios— hay una ternura que no siempre se ve a simple vista. Una forma de estar en el mundo que mezcla fortaleza y suavidad. Una manera de mirar que solo se aprende viviendo cerca de la montaña, donde cada día exige algo, pero también regala algo.

Estas son las voces que la neblina no logra ocultar.

Los que caminan antes del sol, los que regresan después del cansancio, los que encuentran belleza en lo que otros llamarían rutina.

Los que hacen del valle un hogar, una escuela, un refugio.

Este capítulo es para ellos.Para quienes sostienen la vida sin darse importancia. Para quienes, sin saberlo, guardan en sus manos la memoria de este lugar y la transmiten como quien pasa una antorcha encendida. Para quienes viven con la certeza de que cada día, por simple que parezca, también es una historia.



NYC

Frente
SERVICENTRO
Frente
SU AMIGO LAS 24 HORAS

NOSE
PRETA

3-126

el ocaso

Cuando el sol comienza a caer detrás de las montañas, el valle se transforma.La luz dorada se estira como un último gesto de despedida, rozando los techos, los caminos, los árboles que han cargado con el día entero. En Mayarí Arriba, el ocaso llega temprano: las montañas son altas, antiguas, y no permiten que la tarde se demore demasiado. Pero en ese breve instante, antes de que la sombra lo cubra todo, el valle brilla como si ardiera por dentro.

Las calles se llenan de sombras largas.Los que regresan del trabajo pedalean despacio, como si no quisieran romper la quietud que empieza a asentarse. Los caballos avanzan con un ritmo más suave, casi meditativo, y el polvo del camino se levanta apenas, iluminado por un sol que ya no calienta, pero que todavía acaricia. Hay una calma que no es silencio: es un murmullo de fin de jornada, un suspiro compartido entre la gente y la tierra.

En los portales, las conversaciones cambian de tono.Ya no se habla de lo que falta por hacer, sino de lo que el día dejó. Los mayores observan el cielo como quien lee un libro conocido, buscando señales en el color de las nubes, en la forma en que la luz se apaga. Los niños, aún inquietos, corren entre sombras que se alargan como caminos imaginarios. Y en algún rincón, una casa se enciende antes que las demás, marcando el inicio de la noche.

La lluvia, cuando llega a esta hora, cae con una delicadeza distinta.No interrumpe: acompaña.Las gotas brillan en el aire como si atraparan los últimos restos de luz, y las calles mojadas reflejan un mundo que parece duplicarse por un instante. El valle respira hondo, como si se preparara para guardar en silencio todo lo vivido durante el día.

Y entonces ocurre ese momento único:el instante en que la luz se retira por completo y deja atrás un resplandor que no pertenece ni al día ni a la noche. Es un color que solo existe aquí, entre estas montañas, en este valle que sabe despedirse con una elegancia que no necesita palabras.

Este capítulo es el cierre, pero también es un regreso.Porque en Mayarí Arriba, cada ocaso es una promesa de que el día volverá a nacer con la misma neblina, la misma luz, la misma gente que sostiene el valle.El ocaso no es final: es memoria.Es la forma en que el valle agradece.

CERRADO
Caracol
Las Palmas

El día termina, pero el valle no. La luz se ha retirado detrás de las montañas y, sin embargo, algo sigue brillando: un rumor, una memoria, una forma suave de permanecer.

Mayarí Arriba guarda la noche como guarda todo lo demás: con paciencia, con silencio, con una ternura que no necesita ser nombrada. Las casas encienden sus luces, los caminos se vuelven sombra, y el aire huele a descanso, a leña, a historias que mañana volverán a contarse.

Las voces del día se apagan despacio. Los caballos ya duermen, los niños guardan sus juegos, los mayores cierran los portales con la misma calma con que cierran los ojos. El valle respira hondo, como si recogiera en su pecho todo lo vivido, todo lo visto, todo lo que aún queda por decir.

Este libro termina aquí, en esta hora quieta, pero el viaje no se acaba. Porque quien ha mirado este valle con atención se lo lleva consigo. Porque la luz del alba, el pulso del día y el oro del ocaso siguen latiendo en la memoria mucho después de que la página se cierre.

Mayarí Arriba no es un lugar que se deja atrás. Es un lugar que se queda. En la mirada, en el cuerpo, en la forma de recordar.

Y así, mientras la noche cae completa, el valle vuelve a guardar silencio. Un silencio que no es vacío, sino promesa.

Mañana, la neblina regresará.Y con ella, la luz.Y con la luz, la vida.